

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

PODRÍA afirmarse que los seres humanos no pueden vivir sin observar la caída de las fechas en un calendario. Es una manera de controlar el ir y venir de la propia vida.

Cuatro mil años antes del nacimiento de Cristo aparece el primer calendario. El tiempo, parcelado de manera curiosa, fijaba en la memoria de los pueblos algunos de los grandes acontecimientos.

Peró fueron los franceses de la Revolución quienes dieron al calendario un sentido altamente poético. Los meses fueron bautizados con nombres evocadores. Había sido Fabre d'Eglantine el creador de aquellas denominaciones. El calendario republicano hubo de sucumbir, derribado por vientos también revolucionarios.

Ahora, cuando se revisan las teorías sobre la realidad del tiempo, se habla de la difusión del llamado Calendario perpetuo, que resuelve innúmeros problemas cronológicos, que permite saber el día preciso de algunos acontecimientos pretéritos y futuros.

Las revistas científicas nos informan de un programa de sumo interés. Se proyecta enviar al espacio un reloj atómico, para confirmar la teoría de la relatividad.

El reloj atómico será colocado en un satélite, disparado en órbita alrededor de la Tierra. Las vibraciones de los átomos producirán el clásico tic-tac de nuestros relojes. Dicen los científicos que este mecanismo será "tan exacto que no se adelantará ni atrasará ni un segundo en mil años". He ahí una seguridad llevada a sus máximas delgadeces.

Dijo Einstein que el tiempo es relativo. Comparando las horas y los días atómicos y reales, tendremos la relatividad de nuestra manera de concebir los lapsos temporales.

Las horas de nuestra vida son muy diversas, de acuerdo con las circunstancias que las producen. Vivir es estar anclado en el mundo. Por esta razón, las posibles oscilaciones de ese reloj atómico habrán de ser referidas a ese estar en la tierra firme, en donde el hombre confiere un valor al tiempo, da un alma a los paisajes, escuchando, al mismo tiempo, el golpe de su propia sangre.

* * *

Algunas leyendas inglesas divulgan la historia fabulosa del unicornio. El escudo de armas de Inglaterra nos presenta, a un lado, la figura rampante de un león. Y formando pareja, un extraño animal, con cabeza y cuerpo de caballo, patas de cabra y un cuerno retorcido que le brota de la frente. He ahí al unicornio, presto a internarse en la médula de muchas supersticiones. Diríase que en nuestros días recobran vigor sus clásicas presencias.

Del unicornio se han dicho cosas extraordinarias. Las viejas fabulaciones aseguraban que era bravísimo y que sólo cejaba en sus correrías cuando una doncella lo acariciaba. Se creía que su cuerno, reducido a polvo, era un antídoto contra los venenos. Todavía, en la corte de Carlos IX, de Francia, antes de cada yantar se mojaba un pedacito de cuerno en la copa del rey. Un médico francés, Ambrosio Paré, atrevióse a negar el misterioso poder atribuido a los supuestos cuernos, llegados desde remotos confines.

En nuestros días, la leyenda del unicornio ha llegado hasta los recintos de la ciencia, se ha convertido en tema de los investigadores. Los mágicos poderes que se le atribuían han sido reducidos a un conjunto de datos concretos, sin la belleza de aquellas oscilaciones mágicas que fueran parteadas por la encendida imaginación de los hombres.

Ahora bien, el fino apéndice del unicornio no es otra cosa que el diente colosal con que ornan sus mandíbulas unos peces colosales, voraces. He ahí a los narvales, que se aventuran hasta las frías regiones en donde moran los esquimales. Estos hombres los persiguen, les dan caza, utilizan el afilado diente para fabricarse arpones. A veces, los dientes de mayor tamaño y de más bellas filigranas se han convertido en báculos de obispo, en cetros reales.

Al unicornio se le presenta con figura de caballito vivaracho. Posiblemente, la leyenda, para dar forma a un mito, combinó el diente de narval con la presencia dinámica de ciertos antílopes que viven en las proximidades del Mar Rojo.

Dos realidades, una riqueza de fantasía y una tradición fabulosa dieron como resultado al unicornio, ahora trotando por muchas páginas legendarias. La publicación de florilegios nórdicos de fábulas, reanima la figura de ese unicornio, con su cuerno tendido como una lanza.

* * *

Timna es una ciudad mínima y derruida, antaño emplazada en las estribaciones sureñas de Arabia. Su nombre, sólo conocido por los arqueólogos, vuelve a tener actualidad, después de haber permanecido, durante más de veinte siglos, enterrada entre montañas de arena y de cenizas.

Wender Phillips, profesor de la Universidad de California, ha sido el jefe de una expedición científica, a través de las tierras bíblicas. Su aventura está recogida en un libro valioso. Y en esas páginas se comenta el descubrimiento de los leones de Timna, interesantes esculturas en bronce, con inscripciones que han permitido, por primera vez, fijar la cronología exacta de las civilizaciones arábicas.

Estos leones, sobre los que cabalgan unos cupidos, son copia de otros existentes en Egipto, en donde fueron esculpidos durante el período helénico. El tema era popular en Pompeya y otras regiones: amor sexual en forma de un pequeño cupido, domando a un feroz león.

Estas obras de arte, réplica de originales helénicos, no pudieron ser copiadas mucho antes del año 150 A. de C. Sencillamente, porque antes los griegos no las hacían.

Gracias a las inscripciones halladas en la ciudad de Timna, se ha podido comprobar su antigüedad. Los leones han sido una prueba decisiva. En su base se hallan escritos los nombres de artífices, arquitectos y escultores. Es más, se comprueba la existencia de tiranos, de usurpadores, por cuanto su nombre aparece escrito, sin hacer referencia a sus progenitores, sino, por el contrario, haciendo resaltar la estirpe de su tribu.

Algunos de los reyes, cuyos nombres se destacan, acuñaron monedas de oro, imitando modelos helénicos. Varios descubrimientos, entre los que se destaca el de los dos leones, proporcionan una relativa cronología, tanto para la escritura, como para la albañilería. Quizás la ciudad debióse levantar cuatro siglos antes de Cristo. Para ser destruida por el fuego en fechas muy próximas al comienzo de la Era Cristiana.

La exploración de las tierras bíblicas se lleva a efecto de una manera

acuciosa. Y ello contribuye a entender los signos distintivos de unas culturas, ahora alumbradas por los arqueólogos.

* * *

Aunque la ciencia de nuestros días ha hecho posible el sueño de los clásicos alquimistas, algunos de sus viejos problemas subsisten. Y se escriben libros para establecer la historia y los avatares de esa aventura, que tantos quebraderos de cabeza hubo de producir.

Antaño, el alquimista era un hombre de ciencia doblado en maho, en taumaturgo. Transformar el cobre en oro constituía su problema y su programa vital y científico. A veces, pensó en obtener oro de materias que no lo contenían. A partir de ese momento comenzaron sus desventuras. Pero tales desazones le incitaron a la observación.

Durante siglos, algunos sabios creyeron que los gusanos, las moscas, la rana y el ratón crecían sin padres, surgían de la tierra por obra y gracia de los dioses. Sin embargo, observando el crecimiento y germinación de las semillas, un dato de suma importancia fue incorporado a la ciencia. Y el calor se convirtió en móvil, en fuente que hace posible la eclosión de nuevas vidas, de originales formas vivientes.

En efecto, la gallina se ha de sentar sobre el huevo, el Sol ha de calentar la tierra para hacer bullir el lágamo del río. En consecuencia, el calor convirtióse en el "aliento vital". El alquimista trató de seguir los procesos de la naturaleza. Y quiso descubrir la manera de obtener la semilla del oro, es decir, el origen de un principio que surge para crear la vida. En este caso habría de ser la vida del oro.

¿Cómo fertilizar al áureo metal? Posiblemente con el concurso de fuerzas celestes, con los efluvios benefactores de las estrellas, dispuestas en formas y enjambres fecundantes. La Astrología cernióse sobre las preocupadas cabezas de los alquimistas.

No consiguieron hallar ese aliento vital. Pero transmitieron a los hombres actuales la idea de un principio inmaterial, que rebulle en las ideas filosóficas de otros tiempos. El "pneuma" griego, el "spiritus" latino y el "prana" de los indios tienen un significado muy parecido.

En nuestros días los alquimistas de solera científica han olvidado esas palabras. Quizás porque las realidades del laboratorio han sobrepasado las antiguas concepciones. La moderna alquimia se organiza con otros valores,

recaba otras técnicas, sin excluir un revolver de misterio y de inefable poesía.

Sobre tan apasionante tema, el profesor F. Sherwood Taylor ha escrito una obra de gran valor científico.

* * *

Muy interesantes discusiones filológicas ha suscitado la caída de un cohete en la superficie lunar.

Diríase que "alunizar" es lo correcto. Significa caer en la luna, de la misma manera que "acuatizar" equivale a zambullirse en las aguas. Y ahí está el viejísimo, pero inexorable "aterrizar".

Algunos filólogos proponen el término "selenizaje", palabra que supone llegar hasta las problemáticas formas vivas de los "selenitas", es decir, de los fríos habitantes de la luna, seres de pocas calorías, no obstante su predisposición a los efluvios románticos.

Ahora bien, si el término "selenizaje" hiciera fortuna, sería necesario borrar muchas expresiones populares que figuran en los diccionarios de humor.

En nuestros días se expande el sueño de las comunicaciones interplanetarias. El hombre quisiera romper ciertos misterios, buscando respuestas en lugares que están más allá de su espacio habitual.

La palabra a través del espacio imagina lugares remotos, desea registrar vibraciones de ignotas parcelas. Las aspiraciones tienen viejas raíces. Ya en el siglo XVIII se observaron manchas lumínicas en Venus. Los resplandores persistieron durante varios meses.

Los observadores creyeron que tales ráfagas de luz eran señales de los habitantes de otros mundos. La ciencia se ha encargado de aventar semejantes fantasías. Sin embargo, subsiste esa predisposición anímica a enviar la palabra hasta los planetas que ondean sobre nuestras cabezas.

En algunas oportunidades se han lanzado señales luminosas hasta los astros que forman parte del cortejo lunar. Jamás se ha recibido respuesta alguna. ¿Acaso el problema es insoluble? ¿La ciencia llegará a conclusiones originales?

Si por ventura, hipotéticos seres lunares respondieron a los terrestres mensajes, entonces habría llegado el momento de rehacer muchas conquistas de nuestra filología. Y los hombres, felices, lanzarían a los cuatro vientos muchas hojas sabias de los diccionarios.

Recientemente, se han comentado las últimas afirmaciones del sabio ruso Tihov, creador de esa novísima ciencia, denominada Astrobotánica. Sus con-

clusiones, mejor dicho, sus aproximaciones científicas, ponen de actualidad esa creencia en una flora y en una fauna marcianas, de muy original conformación y sentido.

Además, es interesante anotar que los astrónomos dicen haber registrado ondas magnéticas procedentes de Júpiter.

Y todo ello quiere decir, entre otras cosas, que los hombres, apoyándose en las realidades científicas, se aprestan a urdir sus fabulaciones, esperando que, por un golpe del azar astronómico, la realidad y la fantasía se confundan en una sola cosa.

No todo son divagaciones filológicas en los recintos de una filosofía astronómica. Más allá de los matices, esencialmente formales y de circunstancia, está el viejo anhelo del hombre, que desea encimarse sobre los planos habituales de su existencia.

M. de V.